

Vidyā

Diciembre 2014



SUMARIO

La Acción Pura

El sentido de culpa en la Nueva Era

El Mundo, simple apariencia

Fuego omnipermeante

Solsticio de Invierno

Periódico trimestral: Año IV, N° 16 - Diciembre 2014
Expedición previa suscripción gratuita.
Dirección y Redacción: Āśram Vidyā España, Madrid.
Correo electrónico: vidya@asramvidya.es
© Vidyā. Roma

Publicación no comercial

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial en ningún tipo de medio físico o virtual sin previo consentimiento expreso por escrito por parte del editor.

LA ACCIÓN PURA

«Fuera de la acción basada en el sacrificio [la acción no vinculante], el mundo está vinculado a la acción, ¡oh Kaunteya!; cumple entonces la acción como función sacrificial, libre de apego».

(Bhagavadgītā III. 9)

El mundo está vinculado a la acción y ésta no es sino movimiento, respiración, vida, dinamismo incesante, pulsación, ritmo. Cada cosa que vive, por tanto, vibra, respira, pulsa.

Entonces, ¿puede el ser humano, inmerso en el contexto universal de la manifestación, sustraerse a la ley del movimiento? Su cuerpo vive gracias al movimiento de sus pulmones, de su corazón, etc., de igual modo que la tierra vive gracias a su movimiento en torno al sol. Incluso contra su misma voluntad, su corazón bombea la sangre, sus pulmones el aire, etc. Si cada parte de su cuerpo, incluso la más pequeña, existe para cumplir una determinada función, un movimiento específico para la vida de aquel organismo, de igual forma el individuo, en el contexto universal, existe como productor de acción-movimiento. Podemos decir que en el universo no existe nada que sea inútil, ni esté inactivo. Todo tiene su propio propósito, su propia razón de ser, una acción que cumplir.

Si el ente-hombre, por tanto, como todo ente manifiesto (independientemente de la dimensión a la que pertenezca), no puede evitar la acción, no le queda más remedio que descubrir la justa modalidad de manifestación, o sea, descubrir la justa acción.

Justa modalidad, justa acción. Pero, ¿qué entendemos por estos términos? La palabra “justa” no ha de entenderse en su sentido moral. Una acción es justa cuando es conforme con la naturaleza de los seres, cuando es acorde con las leyes cósmicas, cuando está dirigida a los Principios universales. Una acción es justa cuando no es contraria a la “ley de la armonía” que regula la Vida.

Detrás de cada acción, existe siempre una causa, un motivo. Es precisamente este motivo el que hace que esa acción sea una acción justa o no justa. Si el motivo es *egoico*, si quien actúa obra en función de su yo apropiador, impulsado por la sed de disfrute, típica del ser escindido que busca superar de ese modo sus carencias, está claro que tal acción no puede ser considerada pura, no puede ser justa. Un individuo así depende de esa particular acción, no sólo es esclavo de ella, sino que, peor aún, no podrá traerle ningún beneficio. Ya estaba en conflicto antes de realizarla, mientras que la realizaba y después de haberla realizado. Su condición de desarmonía ha permanecido inalterada.

La tensión, el apego a la acción, lo han mantenido anclado al mundo de la experimentación conflictiva que continuará arrastrándolo de un objeto a otro sin descanso,

movido por ese sentido de insatisfacción que no podrá nunca aplacarse, mientras que continúe sin comprender.

Podríamos decir, incluso, que la acción es justa o armónica, injusta o inarmónica en función de la dirección que la hagamos tomar. Si la acción está dirigida hacia lo universal y, por tanto, supera el yo conflictivo, el plano de la desarmonía, esta acción no puede ser otra cosa que armónica y perfecta. En el plano de la universalidad, en el plano de las puras Ideas, en el plano de los arquetipos, no existe coloración, cualificación, cuantificación. En ellos sólo hay impersonalidad, pureza, desapego. Reconectándose con los Principios universales, el ser humano pierde todos los atributos del yo, cada sentido de conveniencia o de posesión: ya no depende de la acción en sí, vive en un sereno desapego, en completa armonía con el todo.

Si vida es movimiento y si el movimiento puede producir armonía o desarmonía, según la dirección energética que nosotros le imprimamos, para vivir la primera no hace falta más que descubrir y actuar según la justa acción, el puro actuar.

Bastaría con que comenzásemos a observar cada uno de nuestros movimientos. ¿Se realizan de acuerdo con la ley cósmica? ¿Están enraizados en los Principios universales? ¿Qué relaciones establecemos con la acción misma? Si descubrimos que existe apego a ella, que dependemos de su ejecución, entonces, no se trata de una acción pura. Aunque disfrazado, el yo buscaba alguna cosa, deseaba algo, no

estábamos en armonía con nosotros mismos ni con la vida universal.

Si, en cambio, no existe un aspecto egoico, tal y como hemos dicho, la acción puede considerarse pura. Pero debemos poner mucha atención. A veces una acción aparentemente altruista también puede esconder un “dar para recibir”.

La verdadera naturaleza de este tipo de acciones es más difícil de descubrir, precisamente porque mora en un nivel más sutil que el puramente ordinario. Por ejemplo, al donar un bien material, esta acción surge con notoriedad, en toda su extensión, como evidencia del nivel en el que se verifica. Hemos proporcionado un beneficio a otros, no hemos demandado nada a cambio, diríamos que la acción es impersonal; en esta ocasión, se trata de una acción pura.

Y ahora preguntémonos: ¿qué tipo de relación establecemos con respecto a esta acción? ¿Cuál es nuestro actual estado de conciencia? ¿Depende éste de algún modo de la realización, al menos, de esa particular acción? En resumen, ¿somos o no somos libres de la acción?

Si descubrimos que dependíamos de esa acción, esto significa que hemos actuado, fundamentalmente, para satisfacer una instancia egoica nuestra, más que por la pura acción en sí misma y por sí misma. El beneficio proporcionado a los otros permanece, y es siempre digno de alabanza, pero si queremos verdaderamente dirigirnos hacia la búsqueda de la acción pura, deberemos ahondar aún más

profundamente para poder afinar y volver perfecto nuestro actuar.

A niveles universales todo se mueve con inocencia, sin pretender nada y, aún menos, sin querer dar. A esos niveles, no tratándose del yo, todo ocurre en total armonía y perfección. Querer hacer, querer dar por fuerza alguna cosa, implica no estar en paz con nosotros mismos. Si existe deseo, quiere decir que continuamos actuando como individualidad separada e incompleta.

“Así el supremo Ordenador creó los dioses (*deva*) y el Sacrificio eterno” (*Manu: 22*)

La manifestación en su totalidad es un sacrificio divino, un acto de amor, una acción libre de todo apego, de todo dato subjetivo y objetivo.

Cuando la acción es pura, cuando está enraizada en los Principios universales, toda coloración egoica desaparece, nos sumergimos en lo cósmico, nos convertimos en simples canales que permiten el fluir de la energía divina hacia todos los niveles vibratorios del ser.

EL SENTIDO DE CULPA EN LA NUEVA ERA¹

El artículo de A. Hoeller “El Espíritu en el estado de salud y en la enfermedad” va directo al grano. Hoeller ha tocado uno de los argumentos más delicados de la considerada Nueva Era: la creencia en que hay una relación directa entre la salud física y la espiritual. A mi juicio, no existen pruebas convincentes para una conclusión tan siniestra. Desde luego, una mirada a las condiciones de salud de grandes genios espirituales nos lo debería confirmar. Por detenernos sólo en los contemporáneos, J. Krishnamurti, Rāmaṇa Maharṣi y Suzuki Roshi fallecieron todos de cáncer. Y no se puede decir que se trataron de muertes tranquilas: Rāmaṇa Maharṣi sufrió dolores atroces; a veces gritaba durante la noche, lo que mantenía despiertos a sus perplejos devotos. Tampoco tuvo una muerte plácida Bernardette, quien vio a la Virgen de Lourdes dando origen a milagros de todas clases: murió de cáncer óseo poco después de cumplir la treintena.

Para aquellos que aseguran que los eventos de su salud eran resultado de su espiritualidad y de elecciones conscientes (el síndrome “yo he creado mi propia realidad”), la sensación de fracaso que puede sobrevenir cuando las cosas salen mal puede llegar a ser abrumadora, pudiendo caer víctima de la virulenta epidemia de nuestros días, el sentido de culpa de la Nueva Era.

¹ Artículo extraído del n° 20 de la revista “Gnosis”, (Otoño 1991). Roma

Una rápida mirada a la naturaleza puede ayudar a combatir este problema. Las plantas, los mamíferos, las aves y los peces enferman tanto como nosotros. En muchos casos sufren enfermedades muy similares a las nuestras, incluso cáncer, artritis, infecciones de bacterias y virus. Ellos experimentan incidentes y traumas y tienen problemas relacionados con la vejez y la senilidad. Pero cuando las plantas y los animales enferman, tenemos hacia ellos una actitud diversa: ni los juzgamos ni los culpamos. No decimos que un árbol es menos árbol sólo porque tiene un cáncer o está infestado de termitas. No es “culpa” del perro si queda afectado de displasia y un gato no tiene un defecto innato porque se enferme de leucemia felina. El evento de la enfermedad está considerado normal en la naturaleza y no es un signo de debilidad ética, moral o espiritual.

Hay otra razón para mirar nuestra enfermedad con ojos más caritativos: existen razones para creer que algún aspecto de nuestra mente no está localizado, es decir, no está circunscrito a un punto del espacio (las células cerebrales o el cuerpo) o el tiempo (este momento). Este aspecto de la mente está aparentemente fuera del tiempo y del espacio y, por esta misma razón, carece de límites; y si no tiene límites, entonces es, en cierto sentido, una sola cosa con las otras mentes. Además, existen pruebas de que la mente humana está ligada con entidades “inferiores”, como lo demuestra la posibilidad de que la oración influya en el metabolismo de los sistemas biológicos simples como los cultivos de levaduras y las semillas en brote. Nuestra mente puede también influir a distancia el cuerpo de otros seres humanos, cuando la persona no es en absoluto consciente de que tal

evento se está produciendo. Cuando estas influencias son benévolas, el efecto sobre la persona distante se asemeja al fenómeno de la oración; pero pueden también estar asociados a efectos negativos, daños o inarmonías, tomando el nombre de “enfermedades *telesomáticas*”.

El cuadro que surge de esta observación es el de un conjunto de mentes, una conciencia colectiva, donde la salud y la enfermedad pueden estar dirigidas a través de toda la cadena evolutiva que comprende formas de vida superiores e inferiores.

Dado que no se puede dar por sentado que podamos llegar a ser conscientes de tal proceso, estos descubrimientos no coinciden con la idea corriente de que la salud es algo que “yo creo” en completa consciencia: dicha salud también puede ser creada por otros.

Cuando Jesús se encontró delante de un ciego dijo: “Ni este hombre pecó ni lo hicieron sus progenitores, sino que está así para que la obra de Dios pueda manifestarse en él”¹. Esto sugiere que puede existir un significado detrás de la enfermedad, un objetivo más alto al que servir; este significado parece ser desconocido demasiado a menudo por aquellos que la sufren. Parece ser que el enfermo puede ser totalmente inocente, no tomando parte alguna en la generación del problema. Esto podría formar parte de un diseño cósmico.

Deberíamos siempre tratar de crear el mejor estado de salud del que seamos capaces. Pero deberemos también abandonar la idea arrogante de que todo lo que sucede

¹ Juan, 9:3

con nuestro estado de salud sea el resultado de nuestras elecciones conscientes. Nuestra psique es mucho más que la consciencia. Estamos ligados a los procesos conscientes e inconscientes de otros seres, ya sean humanos o no humanos, y estos procesos interrelacionados operan, en la práctica totalidad de los casos, más allá de nuestra consciencia.

A primera vista, ésta podría parecer una situación bastante mísera en tanto que sugiere que no tenemos control. Pero, en realidad, aquellos que comprenden este conocimiento experimentan lo opuesto: el gozo y la paz que deriva de saber que formamos parte de todo, que en cierto sentido somos ilimitados, infinitos y uno.

*Zumbido de abejas.
Inmaculado
El silencio de las flores.*

EL MUNDO, SIMPLE APARIENCIA

Existe un mundo considerado de vigilia y otro considerado de sueños, pero se trata en ambos casos de proyecciones de la mente, universal e individual. Sólo desde el despertar lo podemos constatar. Despertando, de hecho, el mundo proyectado se revela como lo que realmente es: una simple apariencia, una representación mental, un sueño; sueño que, no teniendo un fundamento verdadero logra aun así capturar y sujetar la conciencia que se deja seducir hasta la identificación¹.

El propio despertar elimina los efectos junto con la causa, permitiendo descubrir que lloramos o nos regocijamos con un no-existente; que la deseada “plata” o la temida “serpiente” sólo pertenecían a una realidad falsa; que la pasividad concienical es la causa primera de la identificación con el mundo onírico o manifestación de la que somos creadores y, por desgracia, esclavos.

El individuo no cesa nunca de proyectar. De día y de noche, tejió sus innumerables sueños, incompletos y deformes, sobre el Único, completo y bello *Īśvara*, el Señor del universo; sueños que son siempre el reflejo de su mundo

¹ Véase Śaṅkara, *Vivekacūḍāmaṇi*, en particular el comentario de Ráphael sobre “El misterio de la *māyā*-apariciencia”, pag. 90 y siguientes. Āśram Vidyā España, Madrid.

interno, es decir, la proyección de sus contenidos psíquicos que, enterrados, buscan una salida.

El individuo proyecta la “serpiente”, la cree real y huye; proyecta la “plata”, la desea y se atormenta porque, ofuscado, no logra discernir. Deberá dejar de proyectar, dado que sólo un vaciado de imágenes puede dejar lugar a su despertar o iluminación.

Más allá de aquello que disuelve el sueño pero no al soñador, al que, por tanto, le toca estar siempre vigilante, está el Despertar que disuelve tanto el sueño (objeto) como al soñador (sujeto), definitivamente y para siempre.

Es el propio Despertar a Brahman, “Realidad absoluta, Conciencia pura no dual, privada de modificaciones (*vṛtti*), superposiciones (*upādhi*) y objetos”.

FUEGO OMNIPERMEANTE

– Cuando dejas de aferrar el objeto y, anulándote, contemplas al “segundo” expresarse en completa libertad, pierdes la posesión, pero conquistas la unión.

– La mente individualizada (*manas*) proyecta y se identifica, impregnándose; la *buddhi* simplemente contempla.

Así pues, mientras el yo se debate en el sufrimiento creado por la fricción entre sus cristalizaciones y el movimiento incesante del universo de *maya*, el *jīva* reposa serenamente en sí mismo, viviendo el momento presente en completa inocencia.

– Es dulce morir en el regocijo del “otro”...

– Las modalidades expresivas de la Vida son indefinidas, como indefinidos son los modos de adhesión al otro debidos al diverso grado de madurez *conciencial* del ser.

Al otro te acercas primero con la mente, tratando de hacerle comprender tu visión a través de la racionalidad, estableciendo incluso los tiempos de forma volitiva. A

continuación tomas conciencia de que para ti permanece siempre *otro*, un “segundo” a dirigir, incluso cuando has creído que te acercabas a él con amor. Entonces descubres la inclusión del Corazón y él se convierte en una parte de ti mismo: ya no le impones nada, ya no programas nada, comprendes su posición concienical y, dándole la mano, te encaminas con él silenciosamente para descubrir y desvelar juntos la armonía de dos notas aparentemente distintas que finalmente coinciden.

– El verdadero Amor se descubre sólo en la plenitud de la propia Consciencia Una que, como el punto, contiene en sí todos los puntos de todas las posibles circunferencias.

– El Amor se descubre “subiendo”; en él, la dilatación es sólo una de sus consecuencias.

– *Brahman*: si en cada “objeto” Le reconoces, si no necesitas verlo en una forma específica porque cada cosa es Él, estás comenzando a amarLe, a comprender su verdadera naturaleza.

– El Amor “que mueve el sol y las demás estrellas”¹ es la energía cósmica que está en la base de toda la manifestación. No hay “parte”, por infinitesimal que sea, que no esté profunda e íntimamente permeada por ella; no hay acto o relación entre las diversas “centellas” que no sean regulados por ella.

¹ Dante, *Paraíso*, XXXIII, 145

Es una nota que se despliega en los diferentes niveles con una gama indefinida de resonancia; pero, tratándose de energía sin atributos, podemos descubrir la nota fundamental en todas sus modalidades de expresión. Así, en el plano de la relación, pasamos de una expresión unitiva individual y circunscrita a sentimientos universales, a la Unión perfecta con el Principio, con la Identidad.

Mientras la conciencia permanezca en un plano manifiesto, ve al “segundo”, pero, a ciertos niveles vibratorios, el “segundo” ya no está fuera, sino dentro de nosotros; es una parte integrante de nosotros. Nace, así, la conciencia de la Madre del mundo: en ella viven y se mueven todas las criaturas. Cada ser es una chispa que vibra dentro de su corazón, es carne de su propia carne. Sus brazos no deben abrirse para acogerlos porque en su corazón radiante cada ser tiene siempre su lugar correspondiente.

Es un amor que llega más allá de las palabras, porque ya no tiene nada de terrenal, es una energía centrífuga y omnicomprendiva, un eco, una resonancia perfecta de la Vida una. Es una octava tan alta que sólo los hijos que comienzan a resonarla pueden comprenderla.

En efecto, la Madre no quiere nada, pero se vierte silenciosamente, anulándose totalmente, para que los hijos puedan –en absoluta libertad– descubrirse a ellos mismos, la Vida, la Realidad. En tal nivel de conciencia se acepta incluso la crucifixión del hijo y, compartiendo con él, se pone al pie de la cruz. Y aquella muerte no solo representa la redención del hijo, sino también la de la Madre.

El amor del Padre y de la Madre ha generado al Hijo; ahora, por Amor al Padre, para reencontrar al Padre, el hijo

se inmola a sí mismo y, por amor al Hijo, la Madre se anula. Aquella triple relación de Amor se resuelve, así, en el Padre-Principio: el Tres se convierte en Uno, las [notas] armónicas se resuelven en la única Nota fundamental.

– No podremos “ver” la belleza de la Vida mientras continuemos buscándola a través de la mente –que selecciona y clasifica el concepto de tiempo y espacio– y a través de los instrumentos de percepción, limitados e imperfectos, del cuerpo tosco.

El arquetipo de la cualidad de la Vida nos pasa inadvertido porque, en lugar de comprender el símbolo, nos detenemos en las formas que están sometidas, en el tiempo espacio, a nacimiento, crecimiento y muerte.

La mente observa la parábola de una forma, la escinde en varias fases y supedita a ellas su visión, perdiendo así la cualidad que la Vida está expresando a través de la forma-tipo. Así, si observamos cómo una simple rosa nace, crece y muere, no sentiremos dolor por su pérdida porque veremos, en el incesante florecer de las rosas, la expresión de la geometría y de la armonía de un arquetipo.

– No busques ya nada, ni positivo ni negativo, no reacciones ya ante nada, déjate deslizar sobre la superficie del agua y encuentra, en aquel completo abandono, no ya gloria ni dolor, pero sí silencio y paz...

– Bendigo la soledad que sufro porque me hace apreciar la visión de la Unidad;

bendigo la incomprensión que he encontrado, porque me ha dado el impulso a buscar a Quien todo lo comprende;

bendigo mi fealdad de un tiempo, porque me ha hecho comprender que la verdadera naturaleza de las cosas está detrás de la forma;

bendigo el sufrimiento que he probado, porque puedo comprender el dolor que prueba el hombre en este mundo poblado de ciegos fantasmas;

bendigo las lágrimas vertidas, pues me han impulsado a la búsqueda del Porqué de la vida;

bendigo a la Vida por todo aquello que me ha dado. Cuanto más procedo, más descubro el amor infinito con el cual ofrece a sus hijos todo lo que pueda servir para su despertar.

– La Vida se dona a sí misma, te donas/das a la Vida; el cerco se forma, el Amor irradia.

– En la medida en que no existo, soy.

– Cuando pienso en la Vida, no la “encuentro”; cuando ceso de pensar, su presencia me llena, el corazón se expande ante aquella presencia.

– El *karma* no es un vínculo establecido con cada forma manifiesta, sino con la Vida misma. Cada Acción, de hecho, produce un desequilibrio en el Organismo Único.

La individualidad -a pesar de ser una ilusoria construcción mental de la separación- está ligada de modo

íntimo, profundo e inescindible con la Gran Madre. Por tanto, sólo el ignorante puede ver cada acto como si estuviese circunscrito. En realidad, toda manifestación de amor, de separatividad, etc., está dirigida a la Vida. En Ella, a través de cualquier parte de sí misma (no importa cuál, tratándose de un solo organismo), puede la individualidad comprender su ley fundamental: la Síntesis.

– Con el Silencio, la Vida dice todo lo que los labios jamás podrán decir; con el silencio, ama más allá de toda posible imaginación; con el silencio, desvela las verdades más profundas...

¿Cuándo se puede Comprender todo esto? Cuando, en silencio, se comienza a amar la Vida...

–Si sigues la Vía del Conocimiento, tus ojos cegados por la ignorancia se abrirán y podrán volver a ver la Luz.

Si sigues la Vía del mero actuar, con la ilusión de que ayudas a todos tus hermanos, podrás purificar tu mente, pero tus ojos seguirán cerrados a la Verdad.

Si amas verdaderamente la Vida, no puedes hacer más que reencontrarte contigo mismo y, entonces, a través de tus ojos, incluso “los otros” podrán ver...

– Comprensión: un calor que, partiendo del Corazón, se irradia a todo el entorno, incluyendo en un abrazo cada vez más amplio todo aquello que existe. Y aquello que existe ya no tiene forma, ni nombre ni color... Es algo vivo y vibrante que del corazón se expande regocijadamente...

– No existen cosas profanas, la entera manifestación es un sueño *divino*. Las cosas en sí son inocentes, es la mente la que hace distinciones. Las cosas son profanas sólo cuando -y en la medida en que- las miramos con ojos profanos.

– Quien pueda afirmar “sólo te Amo a Ti” no excluye al otro, sino que ama únicamente al Principio, habiendo trascendido el deseo.

–La expresión “discípulo del corazón” no se refiere sólo al Instructor, sino al discípulo. Para el instructor no existe diferencia entre el criminal y el discípulo más “cercano”: ambos son carne de su carne.

Discípulo del corazón es quien en completa inocencia y espontaneidad vibra la misma nota que Instructor.

– El Yo proyecta al exterior aquello que depende sólo de su propia condición concienical. Así, se puede medir la madurez y la dilatación del corazón de cada individualidad por el modo en que ésta ve el mundo: si nuestro corazón aún no se ha abierto, podrá amarnos incluso la manifestación entera, pero seguiremos pensando que estamos solos. Si, por el contrario, nuestro corazón comienza a amar, aunque fuésemos rechazados por la manifestación entera, la vida sería un canto de gloria.

– Ríos de palabras para expresar un amor que en realidad no existe. Un silencio lleno de plenitud y de regocijo inagotable y radiante es la expresión de quien se ha perdido en el Todo.

– Mientras desees el objeto amado, no te engañes, no es amor, estás sólo tratando de satisfacer tu yo.

Cuando amas verdaderamente, ya no buscas nada, no temes nada. El “objeto” del amor ya no existe o, mejor, ya no existe el sujeto que ama. No es el “objeto” el que ha entrado en tu corazón, sino tú, que te has fusionado con él “como el agua en el agua”.

– Pueden seguir existiendo formas diversas, pero uno solo es el corazón; uno solo su latido.

– Cuando recuerdas aquello que ya has experimentado, estás excluyendo nuevas experimentaciones.

– Recordar es devolver, absurdamente, la vida a un cadáver.

Fantasear es crear un fantasma sobre la base de lo ya conocido, mientras que la Vida es siempre original.

– Vivir el presente es el único camino que nos lleva a *ser*.

– La Vida manifiesta es una consecución de notas que suenan en indefinidas combinaciones armónicas, cantando el regocijo que brota de su propio corazón.

Si quieres expandir el corazón, debes silenciar la mente.

Si se silencia, te pierdes en el Todo -y descubres el amor; si ella habla, vuelves a ser un punto de referencia para

el mundo que te rodea: vuelves a ser una pequeña gota y pierdes la infinita beatitud del océano.

– El ser proyecta en lo externo su propia posición concienical. Así, él “ama” lo que le falta, con la esperanza de poder conquistar –a través de aquella “unión” externa, ficticia– la armonía de la plenitud. Cuando el objeto amado ya no presenta la característica de la corporeidad, sino que se muestra *rarefacto*¹ y no circunscrible, ningún objeto tosco tiene ya valor para aquel ser, sino que bien adquiere para él, más bien, la consistencia de una sombra. El amado (la parte que le falta) es para él un “fantasma”, el mundo conocido se ha transformado en una escena de fantasmas, él mismo es... un fantasma. No sólo aquello que busca es inaferrable, sino también todo aquello que conoce ha cesado de presentarse como un apoyo de cualquier tipo, no porque se haya cambiado el objeto, sino porque el sujeto ahora ya no tiene el deseo de aferrarse a lo conocido. Es una condición característica del vacío, de la vaguedad: no puede afirmar que no existe nada porque percibe, “sabe” que algo intangible e incontenible por su propia mente existe, incluso percibiéndolo desde una dimensión distinta. Cuando trata de entender y de conectarse con lo nuevo, le parece perder el equilibrio y hundirse en una inmensidad que aún no es capaz de comprender ni alcanzar. Y termina por encontrarse de nuevo más vacío y más solo que al principio.

Estos fracasos le enseñan que sus “vehículos” tienen que “modificarse”: el tipo conocido de conexión ya no es válido.

¹ Del verbo rarefacier.

No es él quien tiene que tratar de unirse al objeto (porque tan sólo estaría aferrándose a un fantasma y se encontraría con los brazos vacíos), sino que debe transformarse subjetivamente, convertirse en un ser incorpóreo y “perderse”, fusionarse con aquel segundo que parece no tener límites.

Al igual que para vivir en un sueño uno debe adormecerse, también para conquistar y fusionarse con lo incorpóreo uno debe ser volátil; no hay otra posibilidad.

– Descubres la belleza de vivir cuando dejas de remitir todo a un mí/yo, y simplemente existes.

– Dulzura: contemplar un rostro bello, una flor bella... contemplarla con el corazón, sin pensamientos, sin juicios o reacciones, viviendo simplemente la belleza y la armonía de la vida.

– Compartir: *vibrar* inocentemente una armonía que no mana de mí y de ti, ni de nosotros, sino de nuestro corazón en unión.

– “Honra al Señor tu Dios” no significa arrodillarse en abstracto delante de la Persona, sino amar a cada ser en cada instante, reconociéndolo como una superposición aparente a la Vida una.

– Si en cada ser ves un pétalo de la una única Flor, descubres la belleza de brotar al unísono, se te revela el encanto de una corola que se abre armónicamente para desvelar un solo “corazón” central.

– La Vida es un canto de alegría. Deja de aferrarte a las piedras y a las briznas de hierba que crecen en las orillas del río; abandónate, confúndete en las aguas y tú mismo serás ese canto, hasta que el río llegue al océano...

– Nada podrá llevar a un individuo a una verdadera unión con otro individuo; tan solo cuando la conciencia se desplaza a un nivel supraindividual, se descubre una unidad que sobrepasa el tiempo y el espacio y que es absolutamente libre de nombre y de forma corpórea.

No se ama ya a una persona sino a un Principio, una Vibración impersonal. Caen por lo tanto los sentimientos egotistas de exclusividad, etc., porque “allí” no existe distinción alguna entre las partes: éstas aparecen transformadas en una “masa” impersonal armónicamente vibrante con la que el mismo sujeto se fusiona sin perder el sentido de su existencia, pero libre de todo movimiento centrípeto y distintivo.

Él vibra en una serena contemplación armónica inclusiva en la que la distancia, irreductible a nivel tosco, se diluye en la síntesis.

EL SOLSTICIO

El solsticio de invierno señala un momento importante y significativo en la *sādhana* realizadora. Con él se inicia un nuevo ciclo solar y es oportuno, por tanto, aprovechar este período para sembrar “semillas” durante la meditación con el fin de llevarlas, durante el año, al gozo realizador.

Pueda el influjo de Gauḍapāda, Saṅkara y Ráphael penetrar en nuestra conciencia.

Om

Śanti Śanti Śanti

NOVEDADES EDITORIALES

El Sendero de la No-dualidad (*Advaitavāda*)- Ráphael
146 páginas. Āśram Vidyā España, Madrid

Esta publicación, que en particular proponemos a “los que aman el Conocimiento” (=Filósofos), comprende una serie de “diálogos” con Ráphael sobre algunos puntos esenciales de la No-dualidad.

Ráphael es un Investigador-Filósofo que ha realizado el *Asparśavāda*, “el sendero sin apoyos”, “sin relación”, manteniendo viva la Tradición *advaita*, de la que Gauḍapāda y Śāṅkarācārya son sus “revivificadores” más destacados tanto desde el punto de vista de la realización como del doctrinario. Ambos, en efecto, en su obra escrita han codificado los principios fundamentales del *Asparśavāda* o *Ajātivāda* y del *Vedānta Advaita*.

El *Ajāti* (sin-generación) de Gauḍapāda y el *Advaita* (no-dualidad) de Śāṅkarācārya han representado la culminación consecencial de Ráphael, porque en el *Vedānta Advaita*, en el *Orfismo*, el *Platonismo*, el *Neoplatonismo*, la *Qabbālāh* y el *Hermetismo*, ha encontrado las conclusiones metafísicas que Él mismo había alcanzado.

Ráphael, desde muy joven, anhela la *comprensión* del Ser. Inicia, entonces, un constante aprendizaje que lentamente le conduce bajo el estímulo de un “Influjo espiritual”. Paulatinamente y con la superación de ciertos obstáculos, su Conciencia se desvela como Esencia libre de superposiciones.

Para Ráphael “Filosofía” significa Conocimiento-Realización total, Identidad con el aspecto cognoscible: conocer, conocido y conocedor deben coincidir perfectamente. El verdadero Filósofo, *Amante de la Sophia*, es quien realiza una coherencia de pensamiento y de *ser*, que se traduce en un “estilo de vida”; por tanto, quien “conoce” sabe cómo “ser” maestro, no solamente de pensamiento, sino también de vida. En esto Él refleja la concepción del filósofo griego y oriental cuya Filosofía constituía ante todo una autorrevelación, un desvelar del conocimiento alcanzado.

Relacionarse con lo Absoluto, con lo “Entero” (como dice Platón), con el Ser, en lugar de con el devenir, implica un preciso y consecuente cambio de todas las comunes perspectivas, del significado mismo de la vida, e impone una nueva escala de valores. El conocimiento de lo Entero comporta un “romper las cadenas”, un “ascenso” y un “vuelco a toda su persona”, un cambio de vida, o bien, como a menudo dice Ráphael, una “transformación de conciencia”.

Finalmente, destacamos que en estos “diálogos” se toma en consideración y se resuelve una temática que supera los confines geográficos e ideológicos que atañen a toda la Humanidad, y que las respuestas de Ráphael se basan en el Conocimiento *advaita* con una terminología conceptual que se adhiere al tipo de mente occidental y a su particular pensamiento filosófico.

COLECCIÓN ĀŚRAM VIDYĀ ESPAÑA

- 1) *Más allá de la duda*, de Ráphael
- 2) *Yogadarśana**, de Patañjali.
- 3) *¿Qué Democracia? Referencias para un buen gobierno*, de Ráphael
- 4) *Tat Tvam Asi – Tú eres Eso*, de Ráphael
- 5) *La Triple Vía del Fuego*, de Ráphael
- 6) *Esencia y Finalidad del Yoga. Las vías iniciáticas a la trascendencia*, de Ráphael
- 7) *Pensamiento hindú y Mística carmelitana*, de Svāmi Siddheśvarānanda.
- 8) *Fuego de Ascesis*, de Ráphael
- 9) *Más allá de la ilusión del yo. Síntesis de un proceso realizador*, de Ráphael.
- 10) *Fuego de despertar. Unidad en el Cambio*, de Ráphael.
- 11) *Bhagavadgītā. El Canto del Beato**.
- 12) *Vivekacūḍāmaṇi**, de Śaṅkara.
- 13) *Fuego de Filósofos*, de Ráphael
- 14) *En las Fuentes de la Vida*, de Ráphael.
- 15) *Drigsdriśyaviveka**, atribuído a Śaṅkara.
- 16) *El Sendero de la No-udalidad (Advaitavāda)*, de Ráphael

Próximos títulos:

- *Orfismo y Tradición iniciática*, de Ráphael.
- *Parménides*, de Ráphael
- *Aparokṣānubhūti**, de Śaṅkara

* Traducidos del sánscrito y comentados por Ráphael

Vidyā es un periódico cuyos artículos se relacionan con la *Philosophia perennis* o Metafísica tradicional y cuyo propósito es esencialmente *realizativo*.

La palabra sánscrita *vidyā* significa conocimiento, sabiduría, ciencia, y deriva de la raíz *vid* (de ahí *Veda*) que significa ver-saber. *Vidyā* está también asociada a la palabra *satya*, de la raíz *sat*: “ser”; por tanto, “conocer es ser”; esto representa el principio mismo de la Metafísica tradicional que es exclusivamente “Conocimiento de Identidad”.

Así, *sophía*, *gnosis*, en su acepción tradicional, significan Conocimiento-sabiduría y ésta es catártica, lleva a la *metánoia*, a una transformación profunda de la conciencia, es decir, a una modificación en el pensar, sentir y vivir. Bajo esta perspectiva, es necesario poner mucha atención porque hay una clara distinción entre Conocimiento y erudición.

Si *vidyā-gnosis-sophía* es puro conocimiento, entonces existe un solo Conocimiento, una sola Filosofía, una sola Metafísica, así como un solo Arte y una sola Literatura.

Los libros editados por Āśram Vidyā España (véase página anterior) pueden encontrarse en las librerías. No obstante, si, por cualquier causa, esto no fuera posible, pueden ser solicitados a:
E-mail: vidya@asramvidya.es